

SIMA DE LA HIGUERA. VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA.

Hoy he conocido un nuevo mundo, el “mundo subterráneo”.

Todo empezó hace un par de semanas. José Javier y yo estábamos haciendo unos arreglos en la zona de escalada de Mula, al terminar hacía mucho calor y decidimos darnos una vuelta. Fuimos al Castillo de la Puebla de Mula, en el cual yo había oído que había una profunda sima. Al llegar al lugar e inspeccionarlo encontramos la gran boca oscura que nos decía: -¡venid, venid!-, pero al estar desprovistos de material lo dejamos para otro día. Volvimos días después acompañados de José Ruiz Castro, y equipados entramos a aquel agujero. Yo había oído que al final tenía habitaciones, pero al llegar al suelo, después del rápel, vino la desilusión, aquello era un simple agujero en el suelo que no respondía a las expectativas puestas en él. Con más pena que gloria subimos yumareando y después cada mochuelo a su olivo.

A mis dos amigos ya les picó el gusanillo, y al fin de semana siguiente se introdujeron en una de las simas de Pliego, pero no les bastó, querían más.

Yo guardo el material del Club Montañero Mula, por lo que anoche José Manuel, vino a verme personalmente para que le diera la cuerda estática y para invitarme a hacer espeleología, yo acepté no muy convencido, no tenía nada mejor que hacer al día siguiente.

Acudí a la cita con el cuerpo un tanto trastocado después de la noche de marcheta, una noche interesante. Ya estamos todos los que somos y partimos hacia el lugar de los hechos –ya veremos, dijeron dos ciegos-. Tras una ligera caminata nos encontramos ante la boca desafiante de la Sima de la Higuera. Hacemos recuento de material y al despistado Maurandi le falta el descensor. Mientras montamos el rápel y nos lanzamos varios por la garganta de la cueva, Maurandi va a su coche a por el descensor. Yo soy el primero en bajar; con la cuerda atada al tronco de la higuera, lo cual no me da mucha confianza, desciendo los primeros metros. Poco a poco voy bajando y sorprendiéndome de cómo la higuera se ha adaptado a aquel lugar, sus raíces cuelgan por la pared metros y metros a la vez que se va perdiendo la luz solar. Cada vez me siento más solo y comienzan a entrarme las típicas dudas existenciales y ¿cómo no?, la cagalera. Apenas se ve en aquel frío, oscuro e inhóspito lugar, he de utilizar mi linterna frontal. Llego hasta una repisa que tiene dos bifurcaciones, no sé cual coger, pero ante la duda cojo la más grande, no quiero empezar ya con las estrecheces en mi primera experiencia espeleológica. Bajo un poco y aquello se estrecha mucho, entonces oigo a José Manuel que me pregunta si he encontrado un lugar para hacer reunión, el lugar ideal ya lo he pasado por lo que subo escalando por aquel maldito lugar sin ningún tipo de seguro. Al volver a la repisa suficientemente amplia, doy la voz para que baje el siguiente. A mitad de aquel agujero húmedo y sin luz, me encuentro muy solo, aunque mis compañeros están a escasos treinta metros. No paro de sudar y literalmente quisiera desahogar mis tripas, pero aquel no es el lugar idóneo. Estoy parado en una buena repisa y no

Sima de la Higuera. Viaje al centro de la Tierra.

paro de pensar en que voy a perder el equilibrio y caerme por uno de aquellos agujeros, soy presa del miedo. Van bajando todos mis amigos y me vuelvo a encontrar animado, he pasado un mal rato allí solo, pero me he encontrado en situaciones peores y las he vencido -modestia aparte-.

Maurandi es el último en bajar a la repisa, lo hace de un modo peculiar, cantando alegremente, y ya que está, sigue hacia las entrañas de este planeta llamado Tierra y además cantando en voz alta. Vemos como se aleja su luz y cada vez se oyen menos sus canciones. Llega hasta otra reunión y el siguiente en bajar es Pepe. Maurandi sigue bajando hasta el punto de perder la comunicación con él, la situación se pone tensa. No podemos comunicarnos con Maurandi, no sabemos qué ha pasado, si ha llegado al final o ha ocurrido alguna catástrofe -¿qué hacer ahora?-. Para colmo la cuerda que nos une a él está tensa -madre mía que apuro-.

Ya ha avanzado bastante la mañana, son casi las doce, llevamos más de una hora en la penumbra de esta sima. Noto que José Manuel empieza a inquietarse, más abajo se hace muy estrecho el paso y dice que no es amante de las estrecheces, se siente agobiado, la verdad es que no es para menos, yo me siento igual. José Manuel toma la decisión de volver arriba alegando que hay poco material para ascender los cuatro cuando llegue el momento. Yo sinceramente pienso que la situación lo ha desbordado y el agobio ha podido con él. Ahora sólo quedamos tres, Maurandi, Pepe y yo.

Ajeno a todo esto Maurandi sigue allí abajo, solo y a oscuras, incomunicado de nosotros y Dios quiera que esté bien. Yo bajo hasta donde está Pepe, le comunico el abandono de José Manuel. Sólo se nos ocurre gritar al Maurandi para intentar comunicarse con él. Pepe y yo cansados de gritar no sabemos que hacer en aquella repisa de uno por uno, con un estrecho abismo a nuestros pies, en aquel lugar de oscuridad total. Ya hace metros que el sol no nos llega, tampoco se oye nada, estamos completamente aislados con la única luz de nuestras linternas.

De pronto oímos unos gritos, es Maurandi, por fin menudo alivio, estábamos más de media hora sin saber nada de él en aquellas circunstancias tan sofocantes. Percibo su voz cansina, nerviosa, lejana. Una vez más estamos en una situación extrema, pero con la diferencia de que no sabemos donde nos movemos, en esto de la espeleología somos unos pardillos y esta cueva puede que sea demasiado para inexpertos como nosotros. Maurandi se había dado cuenta de que debido a la lejanía y a los recovecos no podíamos oír sus voces, ha escalado, jugándose el tipo, por los mismos conductos por los que bajó hace ya bastante rato, hasta que ha sido posible la ansiada comunicación. Después hemos debido esperar a que vuelva a bajar hasta el fondo y yo he sido el siguiente en descender. Ya empiezan las incomodidades, hay que arrastrarse, rozarse con las paredes... Ya estoy completamente introducido en lo desconocido, pero sigo adelante. Tal es la estrechez del pozo, que debo pararme para estudiar a cada paso la forma de bajar, voy tropezando con todo el cuerpo en todos los lados y para colmo arrastro conmigo una mochila que me dificulta más el paso si cabe. Metro a metro me pongo en el lugar de Maurandi, yo sé que puedo pasar porque

ya lo ha hecho él, pero yo en su lugar no sé qué hubiera hecho, esta situación es distinta a todas las que yo conocía, este silencio sepulcral y la oscuridad que me rodea me hace pensar mucho, pero sobre todo pienso que el Maurandi ha tenido un par de cojones al bajar por aquí sin saber dónde se metía, a dónde iba a parar; realmente ha demostrado tener nervios de acero inoxidable.

Por fin llego al final de la cuerda y una nueva sorpresa, no veo al Maurandi y además sigue la bajada, aunque ya es a pie. Avanzo hasta el final, lo veo sentado y encogido, en completo silencio y a oscuras, le doy un abrazo y lo felicito por hacer lo que ha hecho y en las situaciones que lo ha hecho. Mientras Pepe va bajando hasta nosotros, vamos a inspeccionar el lugar, es una amplia galería con un alto nivel de humedad, hay algunas charcas, por todos lados hay pequeñas estalactitas y estalagmitas, incluso hay algunas columnas por la unión de éstas.

Había visto fotos y videos de espeleología, pero aquí, a cien metros bajo el suelo la realidad supera a todo lo demás. Caminando por esta sala la búsqueda de lo desconocido se convierte en un objetivo prioritario, me siento arrastrado por las ganas de saber qué hay más allá, estoy poseído por la cueva, me hipnotiza con sus formaciones y pequeñas instancias para que la recorra de cabo a rabo, y para que le pueda decir algún piropo que le haga sentirse orgullosa de si misma. Entre tanta maravilla olvido por un momento el hechizo para acordarme de Pepe, que si no ha llegado ya le faltará poco, vamos a su encuentro.

Ya ha descendido hasta el final, después de varias horas estamos juntos los tres que quedamos en este siniestro lugar después del abandono de José Manuel. Este paraje es distinto a todo lo demás, es un mundo aparte, un mundo único, es difícil de imaginar que un lugar que no alberga vida alguna (no hay ni vegetación) sea tan bello, pero la belleza que nos rodea es distinta a cualquier otra, es una belleza inerte pero a la vez llena de vida con sus contrastes de colores, de formaciones, de irregularidades del terreno, de socavones, bóvedas, etc. Los tres recorremos la habitación en busca de algo que nos pueda sorprender cada vez más, buscamos como locos siguiendo las pistas que nos lleven hasta el rincón más escondido y accesible para nosotros. Esta búsqueda de lo desconocido te aísla de cualquier otro pensamiento sólo importa llegar más allá, hasta lo inaccesible, y luego buscar la forma de hacer accesible lo inaccesible, ya que estamos aquí hay que llegar al fondo y rizar el rizo. Cada metro es diferente al anterior, a cada paso todo cambia, estoy seguro que todavía hay detalles que escapan a nuestra vista y serían dignos de mención.

Hemos llegado al aparente final de la sala, y conjurado el hechizo. Volvemos a ser conscientes de nuestros actos, nos damos cuenta de que estamos sudando sin parar, hasta el punto de que las gafas se empañan, es debido a la humedad y cuestiones de termorregulación que ahora no vienen a cuento. Cogemos el camino de regreso. Al paso nos tropezamos con unas columnas, al tocarlas nos damos cuenta que tienen diferentes sonidos cuando se golpean, e intentamos componer algo de música, los sonidos son como los que ponen en las películas de África y los safaris por la selva. Por el camino vamos recogiendo

muestras de estalagmitas y estalactitas que hay rotas por el suelo para recordar que un día estuvimos aquí. Ya estamos en la entrada de la sala, y como el que no quiere la cosa encontramos casi sin darnos cuenta otra habitación, este lugar vuelve a envolvernos con su atrayente hechizo, recorreremos esta pequeña habitación y casualmente volvemos al lugar de inicio cuando pensábamos que habíamos cogido un pasillo que nos llevaría a otro lugar, me siento confundido y desorientado por el hecho. Aún no hemos encontrado la sala del perro de la que nos han hablado, al parecer está el esqueleto de un perro tumbado sobre un suelo blanco como el mármol.

Las linternas han perdido intensidad en su luz, y es tarde, llevamos varias horas bajo tierra, y aunque nos gustaría seguir aquí explorando debemos volver a casa a la hora de comer. Nos encaminamos hacia la cuerda para subir yumareando. Tenemos dos parejas de yumar y croll, material para ascender dos personas. La idea es que suba uno, recoja la cuerda, ate el material al final y deje caer hasta donde estamos los restantes. Pero con Maurandi surge la duda y volvemos a encontrarnos con un problemón. Maurandi nos recuerda que no se puede dejar caer la cuerda desde arriba para que caiga sola, porque debido a que la caída no es totalmente recta y vertical se quedaría atrancada en algún pasadizo y el material no llegaría a su destino. Como tantas otras veces hay que permanecer sereno y recapacitar sobre la situación, salvar el problema para que luego no tengamos más problemas (por ejemplo nuestros padres después de llegar tarde). Por suerte hemos descendido con los shunts, y se me ocurre utilizarlos como bloqueadores similares a los necesarios realmente. Una vez más encontramos solución rápida y audazmente, hay que tener recursos y saber truquillos que puedan sacarte de situaciones extremas.

Comienzo a subir hasta el primer fraccionamiento de cuerda. Debido a la estrechez y casi empotramiento de nuestros cuerpos por los pasajes de vuelta, no podemos utilizar los ascensores y subimos escalando en libre utilizando la técnica de oposición. Me cuesta mucho ascender, tropiezo por todos lados, los golpes en la cabeza son incesantes, gracias que llevo el casco, los roces se suceden uno tras otro, incluso llego a un punto en que tengo que quitarme la mochila que tantos problemas me ha causado hasta ahora, debo ir llevándola por encima de mi cabeza, sino lo hago así no quepo por aquellos agujeros. Finalmente llego cansadísimo y falto de alimento hasta el primer fraccionamiento, al llegar allí, como no puedo comunicarme con mis compañeros por medio de la voz, pego varios tirones fuertes a la cuerda para indicar a mis compañeros que ya pueden comenzar la ascensión, y mientras tanto permanezco paciente allí, bajo tierra, pero más cerca de la superficie que antes, en completo silencio y en completa oscuridad, con la linterna apagada para ahorrar energía. Al rato aparece Pepe, veo su luz y oigo sus movimientos, tienen el mismo problema que he tenido yo, la mochila, y le aconsejo lo que yo hice instantes atrás. Ahora ya puedo seguir subiendo hasta la segunda fracción de cuerda mientras Maurandi sube a la primera.

Sima de la Higuera. Viaje al centro de la Tierra.

Abandonamos este lugar que nos ha estimulado los sentidos desde que entramos. Todo ha sido un constante descubrimiento y un gran goce. Todavía no soy muy consciente de lo que ha pasado y he sentido esta mañana aquí dentro, por eso, porque sigo dentro. Siempre se aprecian más las cosas cuando no se tienen, es decir, cuando estemos fuera, en el mundo conocido y terrestre.

Este segundo tramo que voy subiendo es semejante al otro, estrechísimo, y sigo subiendo por mis propios medios, escalando en oposición. Después de muchos metros y mucho tiempo, por fin aparecen los primeros resquicios de luz solar, es hora de abandonar esta insuficiente luz artificial que nos ha guiado estas últimas horas, y al subir un poco más -¡qué alegría!-, se entrevé la salida, la boca de la cueva con la peculiar higuera que adorna su entorno, desde aquí se aprecia un pequeño orificio iluminado al final, aunque en verdad es un gran agujero. Y así llego al segundo fraccionamiento de cuerda, mientras los demás me siguen. El último tramo ya es amplio y se puede subir yumareando, pero prefiero hacerlo amarrándome a las enormes raíces de la higuera que se extienden más de veinte metros, como lo hacían unos amigos míos en sus inicios, pero arriesgando el pellejo sin asegurarse a una cuerda, al contrario que yo -la seguridad ante todo-. Así seguimos subiendo todos hasta el final o el principio, según se mire.

Hemos vuelto todos al punto de partida, esa boca rodeada por una flamante higuera que le da nombre a la sima, esa boca insinuante y desafiante. Todos estamos sanos y salvos, llenos de barro y faltos de energía, pero todos juntos. Nos abrazamos para compartir y saborear la victoria, todos excepto José Manuel que se echó atrás en el último momento. Mientras nos esperaba fuera se fumó cerca de una decena de cigarrillos, aunque siempre le animo a que pueda cantar: - me estoy quitando, solamente me pongo en vez en cuando-. Estoy seguro de que se estaba mordiendo las uñas y tirándose de los pelos de hacer lo que hizo, tenía la oportunidad de hacer algo que anhelaba hace tiempo y la desperdició con premeditación y alevosía. De seguro que hubiera disfrutado de estar en el fondo y ver aquellas formaciones, incluso más que nosotros, pero el que algo quiere algo le cuesta o el que no arriesga no gana, lo mismo da que lo mismo tiene. Siempre que se habla con él, se tiene la sensación de que es un documentado en la materia, y en realidad lo es. Él conoce mucha teoría pero le falta aplicarla a la práctica, pienso que si se esforzara un poco más de lo que lo hace obtendría resultados muy satisfactorios para él. Experiencias como las que he vivido yo en ocasiones no se pueden pagar con dinero, son incompatibles con el vil metal, y sólo se pueden comprender al completo cuando las vives en tu pellejo, y José Manuel lo sabe ya que ha vivido alguna que otra en mi compañía.

Abandonando estos comentarios me remito otra vez a contar lo acaecido esta mañana de domingo, que aunque soleado a mi no me ha servido de nada prácticamente. Una vez reposados del gasto de energía que es ascender aproximadamente ochenta metros en paupérrimas condiciones, saco de mi mochila los premios obtenidos por aquel trabajo, trofeos intransferibles. José Manuel dice bromeando que somos unos saqueadores de cuevas, pero nosotros sólo hemos recogido estalactitas que estaban rotas en el suelo, no hemos

Sima de la Higuera. Viaje al centro de la Tierra.

destruido nada. La cueva se ha quedado con parte de nosotros, siempre tendremos un rincón en nuestro pensamiento para ella, lo que nos hace suyos. Además nos hemos quedado con las ganas de ver la sala del perro, y yo siento que debo volver a entrar para descubrirla, pero descubrirla por mi mismo, sería muy fácil bajar con el que sabe donde está y verla, las cosas se aprecian más cuando más las trabajas. Si añado esto anterior le pertenecemos aún en mayor medida a la cueva que antes, así que es justo que si ella tiene una parte de mi, yo tenga esas formaciones pétreas que son parte de ella, debemos permanecer en equilibrio y armonía para amarnos el uno al otro.

Después de todo esto recogemos el material y volvemos a casita a restablecer nuestras fuentes energéticas, pero con la promesa de ir a más cuevas, y no cuevas cualquiera, sino las más rebuscadas en sus trazados. No nos conformamos con la simplicidad ahora que hemos hecho lo que hemos hecho, necesitamos estímulos mucho mayores que nos animen a seguir contrastando emociones y experiencias.

Ahora que ha terminado esto y después de otros sucesos anteriores que algunos ya conocen, me siento capacitado para responder a la gran pregunta que a veces nos hacen y nos hacemos cuando recapacitamos: -¿por qué hacemos lo que hacemos?-. Creo haber encontrado la respuesta, no hacemos todas estas "locuras" por gloria de nuestros nombres, lo hacemos por puro egoísmo, lo hacemos por nosotros mismos y por nadie más, para colmar nuestro ego y callar su incesante y cegante ansia de sensaciones fuertes. La aventura se ha convertido para nosotros en una obligación, en un deber que debemos cumplir, es casi una forma de vida. De no saciar esa sed de aventura no seríamos nadie, porque un hombre vale lo que vale su palabra, y nosotros nos hemos comprometido con esta forma de vida. Lo que para mí empezó con una noche de acampada hace dos años en la Hoya del Apurchil en Sierra Espuña (Casas Nuevas), se ha convertido en una carrera, en una carrera cuya meta es el más difícil todavía. Pero aún después de haber respondido a esta pregunta clave (sin saber si la respuesta es correcta) surgen otras preguntas, y pienso que después de éstas surgirán otras, porque nunca hay un fin definitivo que sea la última y exclusiva causa de nuestro comportamiento. Pero la siguiente duda que tengo es: -¿encontraré algún día a alguna mujer que sea capaz de compartir su vida conmigo y esté dispuesta a correr todo tipo de riesgos a mi lado?-. Mientras desvelo esta incógnita por mi mismo, animo a todos aquellos que lean estas palabras a que se comprometan con la aventura y procuren vivir siempre al límite, siempre al filo...

Domingo, 26 de abril de 1998

Jose Antonio Rodríguez Sánchez